



UN, DOS

No anda muy sobrada Televisión Española de programas como para que malgaste en un solo día los dos más interesantes de su actual programación. En la noche del lunes se sucede el programa de orientación política de monseñor Guerra Campos (de política eclesíástica, se entiende) y el «show» *Un, dos, tres...*, responda otra vez. Sé que hay telespectadores que presencian el programa de Guerra Campos de rodillas. Es un caso digno de estudio para McLuhan: la participación del espectador hasta el punto de encontrar la postura más adecuada para cada programa. O sentados o de rodillas. No hay mejor posición para recibir el napalm televisivo.

Tras la pócima a lo cardinal Cisneros llega el rutilante *Un, dos, tres...*, responda otra vez. Al comienzo del programa, muchos nos temimos una reedición de pasadas siniestras peripecias televisivas: *Un pueblo para Europa*, por ejemplo. Pero pronto la propuesta comunicativa adquirió connotaciones insólitas, desconcertantes. El programa era imposible juzgarlo con los esquemas que hasta ahora nos ha condicionado TVE, era imposible leerlo con la mecánica de lectura que nos ha dejado la educación televisiva de programas similares. Era un desafío para la clarificación porque era realmente algo «nuevo».

La estructura fundamental es conocida: un presentador hace preguntas, premia las respuestas con generosidad y ultima la faena con una apoteosis de la generosidad, pero limitada por las reglas del azar. La estructura fundamental es pues: árbitro-concursantes (va por parejas)-sanción (premios mayores o minipremios). Sin embargo, aparecen tres ingredientes corales nuevos: un coro de impugnadores del programa, de gente en perpetuo conflicto con los designios del presentador y además respaldado por otro coro invisible, cuya voz en «off» se escucha de vez en cuando para sentar irrefutablemente la bondad o la maldad de las respuestas; un coro de espectadores, cuyo rostro permanece invisible durante la primera parte del programa, pero que se convierten casi en los protagonistas de la segunda parte, con sus reacciones colectivas ante las peripecias y los dilemas que

, TRES... RESPONDA OTRA VEZ

viven los concursantes; el tercer coro es el de unas muchachas espléndidas y frecuentemente destapadas, a manera de ninfas asistenciales del presentador y de los concursantes, ninfas de perpetua y muñecoide sonrisa, con las facciones del cuerpo y el alma desbaratadas por unas gafas insectivas (de insecto).

El elemento distanciador

El coro impugnador es el elemento distanciador. Lo forman Don Cicuta y dos lugartenientes de aspecto brujoidecavariante. Don Cicuta es un viejo airado, profundamente molesto por la generosidad del presentador, por la facilidad de las preguntas, por lo cómodamente que se ganan el dinero los concursantes. Sus dos lugartenientes son dos mimos excelentes que nunca hablan, pero que están continuamente en situación, reflejando la marcha del programa con sus gestos, sus actitudes, su manifiesto estado de ánimo. El realizador introduce el elemento distanciador alternativamente para romper la posible conformidad de que estamos asistiendo a un programa convencional.

El coro de las muchachas pone la nota erotizada al asunto. Las alegres muñecas del programa llevan la cuenta del dinero con una amabilidad desconocida en los cajeros (extraño profesional que siempre paga con disgusto, como si el dinero fuera suyo). Revolotean en torno al presentador y los concursantes, tienen muslos a nivel europeo, voces poco radiofónicas, muy naturales, incluso antirradiofónicas, como la de una de las muchachas, que habla con esa parsimonia que no sé por qué se suele relacionar con los plátanos. Durante la primera parte del programa, la cámara va de las bellas muñecas a los brujos irritados, pasando por el centro de la tensión: los concursantes, el presentador.

El tercer coro es el público. Durante la primera parte del programa hemos oído sus voces, su invisible participación, sus expresiones de encanto o desencanto, sus aplausos. Pero en la segunda parte, el público aparece. Vibra ante las posibles suertes de los concursantes. Les advierte.

Les encauza en su ciega lucha con el azar. No: eso no. Lo otro. NOOOOOO. AYYYYYY. El presentador se mezcla con el público, lo convoca, de vez en cuando mete en sus carnes la varita mágica y les deja mil, dos mil, cinco mil pesetas en el bolsillo. La participación del público hace que el espectador del otro lado de la cámara, nosotros, nos identifiquemos con el espectáculo, que totalicemos el cerco en torno a lo que allí está sucediendo.

Kiko Ledger

Todos estos elementos lingüísticos tienen sus conjunciones copulativas, adversativas, optativas. Sus puntos y comas, sus puntos, sus comas, sus puntos seguidos, etcétera, etcétera. El que pone

las conjunciones y la puntuación en esta página televisiva es el presentador; un profesional peruano que no ejerce en el Perú de los coroneles reformistas y que ha traído a España parte de la inspiración de este programa que ya ensayó en Perú y un modo de hacer sumamente interesante. Ante Ledger tenemos la posibilidad de constatar la distancia lingüística entre la televisión española, incluso la europea, y la televisión americana. La cultura televisiva norteamericana nos ha llenado de telefilms y ha condicionado nuestra retina de espectadores ante los programas de ficción.

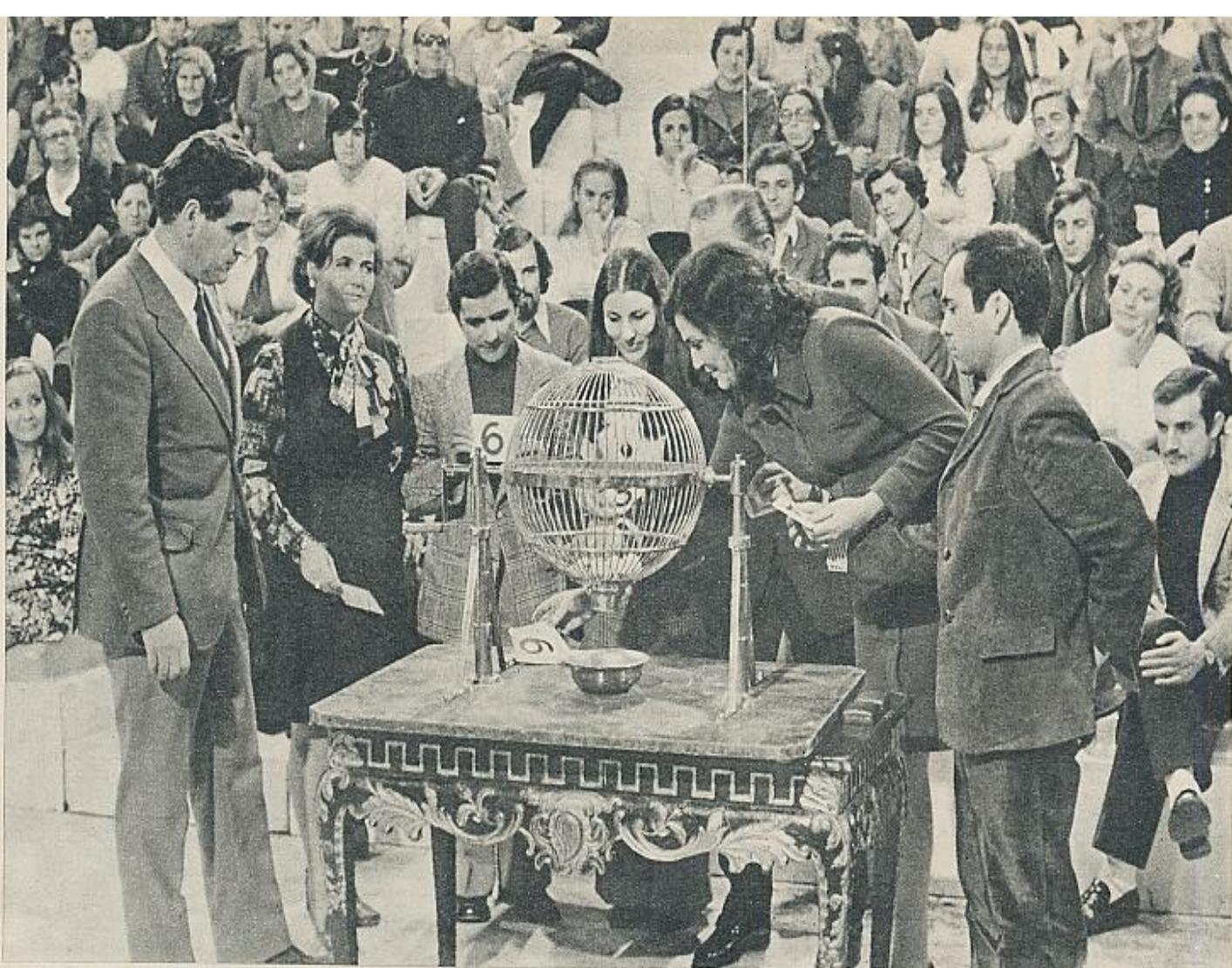
Pero otros elementos lingüísticos se han quedado allí, sin cruzar el charco. Ahora, Ledger nos trae una muestra, porque la influencia de la cultura televisiva

norteamericana ha impregnado la sabiduría de los profesionales de toda América. Ledger es un presentador ligero, sabe moverse, sabe pasar de una zona a otra sin que lo parezca, tiene unos reflejos lingüísticos de vendedor de feria, un aplomo de tragasables, conoce bien el guión y, sobre todo, conoce muy bien las posibles reacciones de los concursantes y el público. Dentro de un programa desenfadado sabe guardar los límites del desenfado, ajeno a las profundas significaciones de este programa, cumpliendo exactamente su rol.

Ledgar es el intermediario con los supremos hacedores de esta comedia humana, Narciso Ibáñez Serrador y sus asesores. Ibáñez Serrador es otro profesional formado dentro de la cultura televisiva americana, y ha

El coro de las muchachas, las alegres muñecas del programa, que pone la nota erotizada y lleva la cuenta del dinero.





El tercer coro es el público: invisible en la primera parte, interviene en la segunda haciendo que los espectadores nos identifiquemos con el espectáculo.

aportado a TVE las escasas muestras de calidad imaginativa que no han venido de los laboratorios de ficción de las grandes compañías norteamericanas. Ibáñez Serrador fue el autor de aquella serie en la que se combinaban Lovecraft, Poe y Hitchcock para dar una óptima muestra subcultural: **Historias para no dormir**.

Ahora ha unificado dos programas distintos en uno solo y ha conseguido, tal vez involuntariamente, un auténtico programa testimonio. Sobre la base de un programa eterno y constante en la historia de la radio y la televisión (*Lo toma o lo deja o Doble o nada*), Ibáñez Serrador ha incorporado una serie de dualidades: el bien y el mal, lo bello y lo feo, la suerte y la desgracia. Ha conseguido crear una Danza de la Riqueza en la que todos bailan al son del tintineo monetario, se liberan de las corizas del comportamiento y enseñan la carne del deseo y de la frustración tal como es aquí, en España, aquí en el mundo, hoy, 1972.

El mito y sus símbolos

El mito fundamental de este programa es el del Cuerno de la Abundancia. Un poder telúrico

(Televisión quizá o los supercicutas que hablan como Jehová a San Juan Bautista) abre sus cuevas llenas de tesoros. Todos pueden entrar en ellas, someterse a la liturgia oficiada por el presentador, los brujos, las vestales, el coro bufo de los mirones de la suerte.

Para alcanzar esos tesoros no es preciso ser un atleta cultural, no es preciso concurrir a un programa de atletismo cultural como **Un millón para el mejor**. Basta tener una cierta memoria

santes son «normales y corrientes». El techo cultural suele ser la carrera de Magisterio o el profesorado de Enseñanza Media. Lo más frecuente son parejas en las que se combina la burocracia con el «sus labores». Ya es un «test» lo cristiano y decente de estas parejas: matrimonios, novios que han venido acompañados de familiares y amigos, o parejas de amigos, simplemente amigos, que merecen una mayor curiosidad por parte del telespectador. ¿Sólo amigos?

sus injerencias y lo ven como un auténtico antagonista.

Las parejas terminan su participación en la primera parte, y entonces se elige a una de ellas para la apoteosis de la generosidad. Se sabe que el premio supremo es un coche de los de más significación económica del mercado. El coche puede estar detrás de cualquier puerta de los distintos escenarios ante los que se sitúan las alegres muñecas. Pero el presentador irá incorporando derivaciones, distracciones, continuas tentaciones para que la pareja vacile, cambie de elección.

¿Objetos simbólicos de la felicidad?

Un abrigo de pieles. Un collar valiosísimo. Una colección completa de electrodomésticos. Un viaje. Los símbolos de la prosperidad. ¿Han cambiado desde que se desató la dictadura de la comercialización en el siglo pasado? El presentador es un gato compasivo que permite la prueba del abrigo de visón a la concursante que no lo ha obtenido. A veces le muestra, con insistencia, el collar que ha perdido. Los concursantes han perdido la corteza del comportamiento y se encantan o desencantan como los niños en el circo, abiertos los

UN, DOS, TRES... RESPONDA OTRA VEZ

y una cierta frialdad situacional para eludir el agarrotamiento electrónico del medio, basta superar la aterradora alucinación de que la silla situada ante la cámara de televisión es algo así como la silla eléctrica. Es decir, el programa requiere concursantes normales y corrientes, como los peatones de las viejas, anchas aceras donde los charlatanes te daban cinco cuchillas de afeitar y una pastilla de jabón Lagarto no por cinco pesetas, ni por cuatro pesetas, ni siquiera por tres pesetas, ¿dos reales? ¡Un real!

La mayoría de parejas concur-

La pareja concursante, símbolo de «un hombre y una mujer», de «simplemente María, simplemente Juan», pueden ganar mucho dinero por casi nada. Claro que no es fácil soportar, sin alterarse, las interrupciones airadas de Don Cicuta, incluso su impertinencia cuando ridiculiza sus fallos y les demuestra todo lo que podían haber dicho, y ganado, sin haberlo dicho ni ganado. Es muy curioso comprobar cómo algunas parejas consiguen entender la función-ficción de Don Cicuta, y, en cambio, cómo otras parejas se molestan, civilizadamente, por



El presentador se mezcla con el público, deja a veces en sus bolsillos mil, dos mil, cinco mil pesetas, con lo que logra incorporarlo activamente al espectáculo.

esfínteres de su psicología, convertida la cámara en un aparato de rayos X del alma.

Imaginación y poder

El laberinto por el que el concursante busca el coche-panacea tiene la escenografía de la imaginación popular educada por los mass-media uniformadores. Las reconstrucciones de ambientaciones de la antigüedad, del «Far West», de todo lo que conserva el encanto de lo distante, proceden de los cánones de la cultura cinematográfica. Creo que todos imaginamos ya mediante encuadres, sean de pantalla normal, panorámica o cinerama.

Los concursantes se orientan por el laberinto mediante la asociación de imágenes. La imagen propuesta del guionista, a través de la escenificación, guarda algún nexo con la imagen del premio. Una cabaña de watusis puede contener dátiles o un diamante. Un romano puede conducir a un viaje a Roma o a un quintal métrico de calamares a la romana.

El presentador está allí para desorientar, para borrar el senderillo que difícilmente se ha abierto la hormiga para descu-

brir el depósito de los granos de trigo. De vez en cuando, el presentador necesita herramientas para sus dispersiones y ofrece miles de pesetas por unas tijeras, una navaja, un pañuelo. Los espectadores ya van prevenidos, y sería interesantísimo hacer un cacheo a los espectadores asistentes para inventariar los objetos que llevan por sí el presentador los compra. El mito de Jauja también tiene algo que ver con todo esto.

Narciso Ibáñez Serrador.



Y en el fondo aparece el poder que ha dispuesto este festín del azar, que igual puede premiarte con un viaje a las Molucas (aplausos) o con un viaje a Chinchón (¡oooooooooh!). Ese poder es Televisión Española. Todos los allí reunidos están bajo su generosa magia, se han convertido por unos minutos en actores de Televisión Española. Y para robustecer esta impresión aparecen profesionales de la plantilla de Televisión Española o sus colaboradores más habituales, para que el público contemple encarnaciones del poder telúrico, compruebe la existencia de los protagonistas de la pequeña pantalla, su encarnadura real.

El poder premia y se muestra, incluso permite la participación popular y les compra cortauñas a dos mil pesetas. ¿Qué más se le puede pedir al poder?

Diviértanse o revienten

Para el estudioso de lingüística televisiva, un programa interesante. Para el espectador desarmado, un programa muy divertido. Para el espectador armado, para el espectador crítico, la propuesta comunicativa es ésta: o

diviértase o reviente. Muchas de las insuficiencias humanas para la felicidad han requerido la elaboración de mitos de satisfacción material. Están todos, absolutamente todos en Un, dos, tres..., responde otra vez.

Es cierto que la conclusión objetiva que podemos sacar del programa es que el público ama los abrigos de pieles, los collares de diamantes, los coches bonitos, los viajes hacia las ciudades y paisajes míticos. ¿No hacía falta malgastar atención para comprobarlo? ¿Ni presupuesto televisivo?

Creo que vale la pena gastar atención contemplando ese espejo deformante de todos los lunes, tal vez sin perder la orientación de que hemos entrado en un complejo tinglado de grandes atracciones, en el que nada es arbitrario, nada escapa a una consciente o inconsciente programación de sacar partido a los espejos falsos o deformantes. Vale la pena anotar el dato de que en un programa determinado Kiko Ledger dijo: Por... pesetas, díganme ustedes pintores universales anteriores al siglo XX, como, por ejemplo, Leonardo da Vinci. Y los concursantes dijeron un nombre, un solo nombre: Leonardo da Vinci. ■ M. V. M.